

## EL ROBO FINGIDO

Luciano tiene una preocupación que le perturba. Lo que debía de sentir en esos momentos, alegría, se ve perturbado por lo que está por venir: ¿Cómo va a poder explicar a sus hijos lo ocurrido? ¿Cómo va a decir a sus hijos los motivos por los que se vio encerrado en aquella cárcel de la cual ahora sale recuperada la libertad? No va a poder. Le falta valor, y ello hace que retrase su llegada a casa. Decide tomar una habitación en una pensión, para darse tiempo a recuperar la realidad de su condición de hombre libre.



Luciano, junto a su esposa Betusta, hacía bastantes años que vivían en aquella masía como caseros, y veía que su vida no iba camino de mejorar en el aspecto económico, y por lo tanto, en su estado social y el de los hijos, que no pasarían de la condición de braceros del campo, aunque él tuviese, solo nominalmente, el cargo de casero. El salario, cuando lo recibía, no compensaba el tener que estar confinados en aquella finca lejos de la población. Trabajar de sol a sol, y cuidar de la casa durante las veinticuatro horas de cada día, sin fiesta alguna, sin vacaciones, sin tener otro contacto con la gente que cuando se veía en la necesidad de contratar a algún bracero para ayudar en época de cosecha. El resto del año, nada.

Cuando la familia del dueño se reunía en la finca, bien durante el verano o por cualquier motivo de celebración familiar, la cosa empeoraba. El señor Nicolás, y la señora Gertrudis, pensaban que él y su mujer no tenían otra ocupación que estar todo el día a su servicio. Desayuno media mañana, comida al medio día preparada a la sombra de la gran noguera que ocupaba todo un lateral de la casa principal, merienda a orilla de la noria buscando el fresco que salía del pozo de agua, y la cena en la terraza donde se

servía también el café y la horchata de media noche. El pan tenía que ser casero, cocido en el horno de leña que había en la casa del servicio. Y además de todo eso, limpiar, lavar y planchar la ropa, cuidar del jardín, y acompañar al señor cuando quería recorrer las tierras que pertenecían a la finca. Olivos, maíz, diversos frutales, verduras de todo tipo, campos sembrados de cacahuete, tabaco, melonar y tomates. ¡Y todo tenía que estar en perfecto estado de revista! Después del recorrido, no era de extrañar que Luciano se llevase alguna regañina por algún descuido, en opinión del señor, todo podía estar mejor de lo que estaba. ¡Había que aguantar!

Luciano se revuelve en el catre presa de una agitación que parece inacabable. Tiene pesadillas desde que conoció el día de su liberación.

– *Luciano, ya has cumplido. Eres un buen hombre, espero no volver a verte por aquí. ¡Suerte!*

Luego, al salir a la calle, el sol lacera los ojos. Es el sol de la libertad, más intenso, más luminoso, más acogedor. En el patio de la cárcel solo recibía reflejos amarillentos desde los muros. Allí fuera le llega el verde de los árboles, y del seto que adorna la puerta del presidio. Anda la acera sin rumbo fijo adaptando su oído al nuevo ruido del tráfico de las calles. El cruzarse con personas que no le miran con el recelo que supondría para ellos el saber que era un recién salido de la cárcel, le aumenta el calor interior que empieza a sentir. La llegada a la estación del tren, enfría el optimismo que se estaba apoderando de él. El tren le iba a acercar al lugar donde le espera una confesión dolorosa. Ante la ventanilla donde tiene que sacar el billete, se arrepiente, vuelve sobre sus pasos, y sale de nuevo a la calle.

Entra en un bar, necesitaba comer algo. Desde que ha salido de la cárcel, esa misma mañana, no ha probado bocado. Un plato de potaje, y un buen vaso de vino le reconforta. Nada de ello era especial, pero comparado con la pitanza de la prisión, puede considerarlo como un banquete. Y ahora, ¿Qué hacer? La tarde es larga. Ya verá si toma el tren, o lo dejará para mañana. En definitiva nadie está enterado de que hoy salía de la cárcel, por eso nadie estaba esperando en la puerta. La insinuante mirada de una morlaca que hay en la barra, le confunde y decide abandonar el local. Él nota que su presencia, recorriendo las calles con la maleta en la mano, tenía que resultar chocante a los viandantes con quienes se cruzaba. Tampoco el aspecto de su ropa era nada tranquilizador. Por eso decide tomar una habitación en una pensión, para asearse, descansar, y pensar bien qué hacer.

Aquella mañana, en la masía, los señores madrugan y se muestran agitados. Han pasado una mala noche. La señora Gertrudis, ya estaba mucho tiempo a la espera de lo de operarse de la vesícula, pero esa noche se había encontrado más indispuesta de lo normal, y dice a su marido que regresen a la ciudad para que la vea el especialista. El señor Nicolás, harto de los malestares de su mujer, ordena al chofer que les lleve al hospital. Hoy mismo la iban a operar. Ya estaba bien de tanto arrechucho. Pero antes de partir, tiene que hablar con Luciano.

– *Luciano, como verás esta marcha se hace precipitada, y dejo cosas pendientes que te las voy a encomendar. Como ya sabes he conseguido una buena venta. Mariano, el comprador, quedó en venir mañana a cerrar el trato y pagar. Tú conoces mi manera de actuar: un apretón de manos, dinero en metálico, y hasta la próxima. Nada de papeles ni intermediarios, pero en esta ocasión me veo obligado a romper esa norma personal. Tú recibirás al señor Mariano, recogerás el dinero, y lo antes posible lo ingresas en el banco a mi nombre. En*

*este papel te dejo el número de la cuenta corriente. Ten cuidado de que la operación se haga correctamente. Bueno, nos vamos. ¡Confío en ti!*

– *No se preocupe usted. ¡A mandar! ¡Buen viaje!*

La noche llega, Luciano y Betusta ya están solos. Luego de dar una ronda por los alrededores, y comprobar que sus hijos están bien dormidos, ambos deciden que ya era hora de ir a la cama. Los dueños se han marchado, y la vida en la masía vuelve a la normalidad. Solo el concierto de los grillos, rompen la monotonía. Sin embargo, Luciano, no está tranquilo. Aquella era la primera vez que Don Nicolás, después de tantos años a su servicio, le confiaba una gestión tan delicada. Las horas van pasando sin dormir, y al masero la noche se le está haciendo eterna. Algo en su interior, que él no alcanza a identificar, es el culpable de su inquietud. Sin embargo, por las almorlás del techo está bailando una frase: “El dinero lo ingresas en el banco en una cuenta a mi nombre”. ¿Por qué ronda su insomnio esa frase? ¿Era el dinero? No puede dormir, se levanta, sale a la calle, y mete los pies en el agua de la alberca que hay a la puerta de la casa. Pronto se hará de día.

Y el día llega, y también Mariano. Betusta ha marchado con sus tres hijos al pueblo. Los niños tenían que pasar una revisión médica, para ser vacunados de una epidemia de gripe que amenazaba a la población, por eso Luciano está solo para recibir al comprador. El hombre llega, y los dos, comprador y representante del vendedor, se encierran en el despacho. Allí, fuera de la curiosidad de extraños, se lleva a cabo la operación. Un apretón de mano es el único requisito para hacerlo efectivo. Seguidamente Mariano se marcha con la satisfacción de quien ha hecho un buen negocio, y Luciano queda con el montón de dinero en las manos. Mañana irá al banco.

Ahora debe guardar el dinero en lugar seguro hasta mañana. Él hubiera querido hacer aquella gestión hoy mismo, pero como su mujer estaba en el pueblo, no podía dejar sola la masía. Plantado en mitad de la casa, mira en derredor en busca de un lugar adecuado, y todos le parecen transparentes a la mirada de los ladrones. Después de dar vueltas y vueltas, y de meter el paquete en mil sitios y volverlo a sacar, decide, que el horno de pan cocer, que hay dentro de la casa, era el sitio más seguro, y allí va a parar el montón de dinero.



Está sentado a la puerta de la casa. No se atreve a perder de vista la puerta de la misma. Intenta entretenerse en alguna ocupación, allí mismo, pero nada le entretiene. Todo aquel dinero, tras una noche de vigilia, le tiene medio perturbado. Era mucha responsabilidad la que el dueño había puesto sobre sus espaldas. No solo por el miedo a que se lo robaran, si no también, miedo a que tanto dinero despertara su codicia y pudiera cometer alguna barbaridad. ¡Mañana lo llevará al banco!

Betusta y sus hijos regresan a la masía cayendo ya la tarde. Luciano no le comenta nada de la visita de Mariano. No quiere que su familia se vea implicada en aquel asunto. La tertulia, durante la cena, transcurre sobre los resultados de la vacuna, de cómo se encontraba la familia allá en el pueblo, y de varias cosas sin mayor importancia. Luciano, dice que mañana ha de madrugar, pues tiene que hacer varias

cosas antes de ir al pueblo para unas gestiones que tiene que hacer allí. ¡Todos a la cama!



El hombre, en verdad, madruga mucho. Apenas el alba deja ver unos metros más allá, y él ya está en el campo. Matas de tabaco, matas de cacao, pimentonar y varios frutales le ocupan unas buenas horas. Una vez terminada la tarea, y un desayuno abundante para aguantar toda la mañana, piensa coger la bicicleta y tomar el camino del pueblo.

Betusta, cuando sale a la calle, apenas puede ver a su marido dirigirse a los campos. Antes de que se despierten sus hijos, tiene que dar de comer a los animales del corral. Enciende el horno para cocer el pan, y

comienza a amasar. Todavía con las manos llenas de harina, los niños ya comienzan a aparecer. Uno, el pequeño, de un año, otro cuenta tres años, y el mayor apenas ha cumplido los cinco. Mientras los panes fermentan y se ponen a punto para meterlos en el horno, se dedica a asear y vestir a los chiquillos. Luego, todos desayunarán pan recién cocido.

La madre y los chiquillos, están en la calle. Mientras la madre lava ropa en la alberca, los niños se entretienen en el suelo sobre una manta que su madre ha puesto, con las hojas que han caído de la cercana noguera. Así llegan a la hora, una vez el pan cocido, de preparar la mesa del desayuno. La mesa ya está puesta cuando el hombre llega.

– *Lávate bien, y nos sentamos a la mesa. El pan está recién horneado.*

Al oír aquello, Luciano bota de la silla con el semblante blanco como la cera. Salta hacia la boca del horno. Un grito de pánico sobresalta la casa.

– *¿Qué has hecho mujer?*

Y cae llorando al suelo. La mujer, asustada y rodeada por su prole, no se atreve a moverse. Nunca había visto a su marido así. ¿Qué habrá hecho ella ahora? No lo comprende.

Luciano abandona la pensión. El dueño, un viejo expresidiario, no consiente en cobrarle nada por aquella noche pasada en su establecimiento. Él también un día paseó desorientado las calles de la ciudad, si bien entonces era otra, cuando recobró su libertad, y recuerda muy bien lo mal que lo pasó. Luciano da las gracias, y avergonzado, sale a esa calle donde se encuentra desorientado como le había dicho el posadero.

En un banco de la estación, mientras espera la llegada de su tren, observa las familias que pasan por delante de él, Familias que tal vez él no vuelva a tener nunca. Sus hijos ya están crecidos, y aunque en las pocas visitas que le habían hecho en la cárcel, trataban de disimular su vergüenza por verle en aquella situación, sabía lo que sentían de verdad, y ahora, una vez libre, teme que le rechacen. Crece su inquietud ante el inevitable encuentro, y no puede evitar recordar lo sucedido, de eso hacia ya diez años, aquella desgraciada mañana.

– *¿Qué has hecho mujer?*

Betusta no comprende qué le pasa a su marido. Le ve tirado en el suelo y llorando. Algo grave ha tenido que ocurrir, pero ella no alcanza a imaginar qué pueda ser. Ella llora también, y los niños, asustados, completan el coro.

- *¿Qué te pasa Luciano? ¿Por qué lloras así? No ves que nos estás asustando.*
- *¡Una desgracia muy grande mujer! ¡Muy grande!*

Y sin más, el hombre sale de la casa. Monta en la bicicleta, que ya tenía preparada, y pedalea camino adelante.

- *¡Hombre! ¿A dónde vas?*

Pero el hombre no le escucha, se ha perdido entre el bosque de oliveras que festonan el camino y tapan la visión.

La mujer queda desolada. ¿Se habría vuelto loco su marido? Ha salido como perseguido por el mismo demonio. ¿Qué puede haberle ocurrido? La mujer revive todos sus pasos desde que se levantó



aquella mañana después de que lo hubiera hecho Luciano, y no ve nada anormal en todo lo hecho. Algo debe de haberle ocurrido en el campo para que se trastornase así. ¿Pero qué? La mujer no puede contener sus lágrimas, y comienza a llorar rodeada por sus hijos, que con ojos de no entender nada, se arrojan en ella presintiendo que algo malo estaba ocurriendo.

- *¡Betusta! ¡Betusta! ¡Mujer!*

Quien así llamaba era Eladio su vecino de campos. La mujer sale al reclamo, y se encuentra a su vecino sudoroso y con el rostro descompuesto. Alguien así, solo puede traer malas noticias.

- *¿Qué ocurre Eladio? Parece que hayas visto fantasmas.*
- *¡Tu marido Betusta! ¡Tu marido!*
- *¿Qué le ha pasado a mi Luciano?*
- *¡Un accidente! Ha caído con la bicicleta desde un ribazo, y allí está tendido en mitad del campo lleno de sangre. Yo no me he atrevido a tocarle. Eso es cosa del médico. Mi hijo Fausto ya ha marchado al pueblo a avisar al médico y a la autoridad. Mi mujer se ha quedado a su lado.*
- *¿Pero cómo está? ¡Se ha matado!*
- *¡No mujer! Cuando yo he bajado hasta donde está, se movía entre quejidos. Lo mejor es que marches al pueblo, pues es allí a donde le llevarán.*
- *¡Pero yo quiero verle!*
- *No es un espectáculo bueno para que lo vean los niños. Hazme caso, y vamos al pueblo. Luego ya le verás. ¡Vamos!*

Eladio, Betusta, y los niños, toman el camino del pueblo. Si nadie lo evita, por el camino, tendrán que ver el cuerpo mal herido de Luciano. ¡Ojala no!

El tren llega, y un atribulado Luciano, monta en él. Ya no había vuelta atrás. Cuando baje de ese tren en la estación de su destino, como había pasado en la puerta de la prisión, no habrá nadie para recibirle. Él lo prefiere así. Desconoce cual va a ser el recibimiento que le haga su familia. Sus hijos ya son mayores, y el desgraciado día, había sido el último que le vieron en libertad. Los más pequeños, ni siquiera tienen un breve recuerdo de él en la casa de la masía. En la calle, sin las rejas de por medio, va ha

ser un extraño para ellos, de ahí la inquietud que le tiene en vilo. Desconoce si alguien les habrá contado los hechos de aquel día.

Luciano no recuerda nada. Cuando recobra el conocimiento, se encuentra dolorido como si un caballo le hubiera coceado. Tiene la vista nublada y un fuerte dolor de cabeza. Apenas puede distinguir la imagen, que a su lado intenta animarle. De lejos le llega el sollozo de niños, pero está imposibilitado de reaccionar. Intenta incorporarse, y un dolor en el costado le derrumba de nuevo sobre el suelo. Pierde el conocimiento. Cuando vuelve en sí, está en una camilla en la clínica del médico, y éste, le estaba curando las heridas.

– *¡Vaya hombre! ¡Ya estás aquí! Betusta, pasa. Tu marido ya está consciente.*

La mujer entra entre lloros inconcretos. Alegría, alarma. Al ver a quien está sobre la camilla, y a quien no puede reconocer como su marido bajo las vendas y la Tintura de Yodo, se detiene perpleja.

– *¿Dónde está mi marido?*

– *¡Aquí! No le ves sobre la camilla.*

– *¡Ay madre mía! ¡Como está mi marido!*

Y la mujer, sin parar de llorar, se acerca a la camilla y besa al hombre en la poca cara que le queda libre.

– *Ya le has visto, Ahora sal fuera, que tengo que seguir curando sus heridas.*

Luciano, mientras contempla el paisaje que le ofrece el campo abierto, pasa su mano por la cara en busca de la cicatriz que le quedó por una herida, hecha con la maneta del freno de la bicicleta, cuando se tiró, que locura, por



aqueel ribazo en busca de una salida a su situación tan desesperada. Betusta, sin saberlo, había quemado los dineros al encender el horno. ¡Fue su culpa! Si la hubiera enterado de lo que pasaba, nada de lo ocurrido hubiera sucedido. Por eso se vio perdido, y escapó con la bicicleta en un acto de cobardía. Pero, ¿Cómo iba a decirle a Don Nicolás, la torpeza que había cometido? Cuando se enfrentó a él,

se derrumbó, y fue incapaz de buscar una explicación convincente.

El herido, una vez hecha la primera cura, es enviado al hospital más cercano. Allí fue ingresado, y que casualidad, en la misma planta donde Doña Gertrudis se recuperaba de su reciente operación. El amo, enterado de su presencia, le fue a visitar enseguida. Era su empleado, y además era el guardián del dinero de su última venta. Se ha informado en el banco de que el ingreso no había sido hecho, y necesita saber lo ocurrido.

– *Luciano, ¿Cómo te encuentras? En cuanto me he enterado de que estabas aquí ingresado, he venido a verte. Dime, ¿Qué te ha ocurrido?*

– *¡Don Nicolás! ¿Cómo se encuentra Doña Gertrudis?*

- *¡Bien! ¡Bien! Pero eso ahora no importa. Lo importante es saber qué te ha pasado a ti, y qué es de mi dinero, pues no hiciste el ingreso como yo te lo ordené.*

El encamado mira con ojos de espanto a su amo, y rompe a llorar. No puede decirle la verdad de lo ocurrido. ¡Nadie podía creer aquello! A él mismo le suena a cuento chino.

- *¡Me robaron! ¡Me robaron el dinero Don Nicolás!*
- *¿Cómo que te robaron? ¿Quién te robó?*
- *¡No lo sé Don Nicolás! ¡No lo sé! Me golpearon y me tiraron por el ribazo. No recuerdo nada.*

Nicolás queda en silencio. Sin nada más, da media vuelta, y sale de la habitación. Luciano está aterrorizado. ¿Por qué ha dicho aquello del robo? ¿Le habrá creído Don Nicolás? Y rompe a llorar.

Nicolás no pierde el tiempo, y en cuanto sale de la habitación, busca un teléfono, y llama al cuartelillo del pueblo para presentar la oportuna denuncia el robo del que había sido víctima su empleado. El guardia de puerta, toma nota, y dice que tendrá que ir al cuartelillo el interesado para aportar los detalles que hicieran posible la investigación. Don Nicolás, le hace saber el interés que tiene en ese asunto. Que cuando su empleado abandone el hospital, estarán los dos ahí.

El Comandante de Puesto, conociendo la importancia del denunciante, y temiendo que diera un mal informe de su cuartel, ordena abrir la investigación inmediatamente. El primer interrogado debe ser quien primero encontró el cuerpo de Luciano herido en el suelo.

- *Diga su nombre.*
- *Eladio Ferrer López.*

Eladio, cuando recibe la citación para presentarse en el cuartelillo, se asusta. Cuando a uno le llaman para presentarse ante la guardia civil, no es para nada nuevo, y aunque él cree que será algo relacionado con el accidente de Luciano, no puede evitar sentir inquietud. El cuartelillo no era un sitio recomendable para ir de visita.

- *Dígame lo que sepa de lo ocurrido el día que tuvo el accidente Luciano Herrero García.*
- *Yo me encontraba trabajando en el bancal, cuando veo a Luciano en su bicicleta pedaleando como si alguien le persiguiera. Me extrañó. En un momento, y sin dar tiempo a más, veo que se precipita por el ribazo. Su grito de dolor me asusta, y acudo corriendo a ver lo que le había ocurrido. Desde el camino le veo tirado en el suelo lleno de sangre. Llamé a gritos a mi mujer, que estaba conmigo en el campo, y le pido que se quede con él, mientras yo acudo a avisar a su mujer. Mi hijo viene al pueblo a avisar al médico. Luego acompañé a Betusta, y a sus hijos, hasta aquí, al pueblo. Y ya no sé nada más.*
- *Y no vio a nadie por el camino. Alguien que parecía huir del lugar.*
- *¡No mi sargento! Por el camino no pasó nadie esa mañana.*
- *¿Entonces no pudo nadie acercarse al herido mientras estuvo en el suelo?*
- *¡No señor! ¡Nadie, aparte de nosotros, se acercó al herido!*
- *Está bien, ya puede marcharse. Pero esté localizable por si le necesitamos para alguna gestión más.*
- *A sus órdenes. ¡Buenos días!*

Luciano piensa que fue muy torpe al inventar lo del robo. Pero no podía decir lo ocurrido en el horno. Además, si contaba la verdad, metería a Betusta en aquella desgracia, y él no quería que su mujer pasara ningún apuro por algo que solo él era el

responsable. Cuando su mujer le visitó en el calabozo, antes de que le condenaran y le trasladasen a la Modelo, le pidió que no comentara con nadie lo ocurrido con el dinero. Que solo él tenía que cargar con el castigo por su torpeza, que ella bastante tendría con cuidar de sus tres hijos. Pero la mujer no pudo resistir la presión, y entre contradicciones, puso al descubierto la mentira de su marido. No hizo falta más, Don Nicolás, hizo toda la presión posible para que le cayera la condena más dura por su traición. Las lágrimas acuden a sus ojos, al pensar en la que había tenido que pasar su mujer por su culpa. Él, en la cárcel, tenía la comida y la cama asegurada, pero ella, con tres criaturas pequeñas, no tuvo otra salida que dejar los niños al cuidado de sus padres, y emigrar a otro país como criada para ganar el dinero que necesitaba para sacar a sus hijos adelante. ¿Cómo iban a perdonarle sus hijos? ¡Y todo por su torpeza!



El interrogatorio de la guardia civil siguió su curso. La mujer de Eladio, y su hijo, corroboraron la versión que dio su marido sobre lo ocurrido aquella nefasta mañana. Si nadie había pasado por el camino, y Luciano había sufrido el ataque y posterior robo, solo Eladio y su familia eran los principales sospechosos. Pero un hecho vino a poner las cosas en claro: un pastor, que estaba cuidando su ganado unos campos más allá, y que vio perfectamente lo ocurrido, se presenta voluntario para contar de lo que fue testigo. Como había declarado Eladio y su familia, nadie más estuvo en el campo mientras Luciano estaba herido en el suelo, y que nadie registró al caído, ni se llevó nada de lo que llevase encima. Nadie robó nada a nadie, así que la cosa debió de ocurrir de otra manera.

Tras esta declaración, la policía, que se hizo cargo de la investigación, interrogó a Luciano hasta que, éste, perdida la noción de cualquier realidad, terminó por declarar que el dinero se quemó en el horno. Nadie creyó esa versión de lo ocurrido, y como el dinero no apareció por un ninguna parte, Luciano quedó declarado sospechoso de la desaparición del dinero. El juicio fue rápido, y fue declarado culpable y condenado a diez años y un día a prisión.

Los diez años habían pasado, y ahora Luciano se encuentra en un tren camino de su pueblo, donde tendrá que enfrentarse a sus hijos y a sus paisanos. Todos le creían ladrón, y aunque él ya había purgado su culpa en la cárcel, todos seguirían considerándolo como tal. Teme la reacción de sus hijos. Cuando llegue al pueblo, como nadie le espera, puede tener tiempo, como anónimo, para conocer la opinión, que, después de tantos años, tienen sobre él. El tren entra en la estación y se detiene. Las puertas se abren con un chirrido, y los pasajeros van bajando. Luciano también lo hace y



se detiene en medio del andén. El tren reanuda su marcha y el andén queda vacío de gente. Solo tres figuras permanecen en él. El hombre, maleta en el suelo, presenta una imagen, en la soledad del andén, de quien ha llegado a ninguna parte, y no sabe qué rumbo tomar. Las figuras, tres chavales, empiezan a caminar hacia él. El hombre, como hipnotizado por la visión, acude a ellos sin saber por qué, pero un extraño imán le atrae hacia el trío. El grupo se funde en un abrazo de perdón y reconciliación. Días después, el mismo grupo, en el mismo andén, espera el tren que les llevará, rumbo a la emigración, donde Betusta ya les estará esperando. El tiempo, y la ausencia, se encargarán de poner el olvido a todo lo ocurrido.



Emilio MARÍN TORTOSA.